

Elogio del error

PINO APRILE

Traducción de Atalaire

Título original: *Elogio dell'errore*

© Pino Aprile, 2026

© La Bottega dei Terroni SRL

© de la traducción: Atalaire, 2026

© de esta edición: Gatopardo ediciones, S. L., 2026

Rambla de Catalunya, 131, 1.º - 1.ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: mayo de 2026

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de cubierta: *The King of Brobdingnag and Gulliver*,
James Gillray (1803)

Imagen de solapa: © LaC News24

ISBN: 979-13-991088-7-3

Depósito legal: B 2654-2026

Impresión: Romanyà Valls, S. A.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ELOGIO DEL ERROR

**EL ERROR QUE MUEVE EL SOL
Y LAS DEMÁS ESTRELLAS...**

—Si vas a hablar del error —me advierte el poeta Tonino Guerra—, no olvides las palabras que escribió en la pared de su celda un monje chino, en las que se condensaba la sabiduría de toda una vida: «Es preciso aspirar a algo más que a la mera perfección».

—Pero, Tonino, ¡todo aquello que alcanza o roza la perfección, la destruye!

—Por eso.

«¿Dónde estaría yo? ¿Quién sería, de no haber cometido tantos errores?» Tarde o temprano, uno se hace esta pregunta. Intenté imaginar cómo habría sido mi vida, expurgada de todos mis errores, y el resultado fue que no quedaba nada. Los errores (sin contar con aquellos de los que ni siquiera soy consciente) han guiado mi vida por caminos inesperados y sin retorno posible. Me han impuesto la necesidad de mostrarme generoso o mezquino, sensato o impulsivo, humilde o prepotente, intrépido o resignado, en situaciones en las que no tenía previsto ser ni una

cosa ni otra. Pero tuve que buscar en mi interior las razones y el valor para serlo. Al final, he acabado por forjarme un carácter (ojo, digo «un carácter», no que sea uno «bueno») que ha guiado mis decisiones (por cierto, llamar a los errores de otro modo no cambia su naturaleza, aunque nos permite comprenderlos mejor y, sobre todo, nos enseña a aceptarlos).

Ahora sé que no tenemos más personalidad que la que han moldeado nuestros errores y que solo cometemos aquellos que vienen determinados por nuestro carácter. Y sé que lo que cuenta no es no equivocarse, sino aprender a convivir con las consecuencias de nuestros errores. Sé que la vida no es un laberinto (del que solo se sale si en cada encrucijada se toma el camino correcto), sino un camino que siempre te lleva a alguna parte (en cualquier caso, «si estás ante una encrucijada, entra en ella») y en cada ocasión te deja algo de no expresado, de no dicho, en lo que poderse refugiar («¿Ah, sí? Pues no lo sabía»).

Y es que todos esos errores que provocan tanta irritación, tanto desaliento (me era difícil admitir que por algunos tuviera que pagarse un precio tan alto), quizá merezcan un cierto reconocimiento.

Porque es al equivocarnos cuando nos servimos del impulso y la capacidad para construir una nueva esperanza. «Pues estamos arreglados... —me dije— si lo que da más sentido a la existencia es tomar el camino equivocado». Es algo así como decir: es una suerte habernos convertido en lo que no pretendíamos ser mientras intentábamos hacer algo distinto de nosotros mismos.

Los impulsos que dirigen nuestra vida (el amor, el sexo, la enfermedad, la envidia y el altruismo, la traición y la compasión) tienen una razón de ser biológica, son instrumentos del impulso que rige el camino de nuestra es-

pecie y de todas las demás. Por ello, el error no puede suprimirse como si se tratara de un desafortunado accidente, es una necesidad (de otro modo no estaríamos aquí) y cumple una función (discurso impecable aunque terrible, porque justifica la existencia de los mosquitos y del actual presidente de Estados Unidos).

Pero nunca hubiera imaginado que el error fuera el motor primero de la vida, que pudiera llegar a identificarse con ella y acabar con la especie *Homo sapiens sapiens* (tranquila, mamá, que eso no va a ocurrir ahora mismo: tenemos tiempo de irnos de vacaciones a Polignano).

He descubierto (algunos ya lo sabían) que estoy aquí por error, igual que ustedes y que Leonardo da Vinci, Caín y el hombre de Neandertal, el brontosaurio y el sargo picudo, el ácaro del polvo, el virus del sida y todas las formas de vida.

Todas menos una, la primera. Es una verdad incuestionable de la historia biológica de nuestro planeta: no se sabe cómo surgió la vida sobre la Tierra, quizá «sembrada» por la cola o la cabeza de un cometa (en 1997, en el Hale-Bopp se encontró materia orgánica primordial), o por la combinación fortuita de elementos del caos primigenio, o... ¡Vaya usted a saber! Pero se sabe cómo se multiplica: por error.

Las «instrucciones para la vida», para cualquier forma de vida, están contenidas en la molécula llamada ADN que a estas alturas todo el mundo conoce. Se representa como una doble hélice integrada por una serie de diferentes combinaciones de cuatro constituyentes esenciales, representados por piezas o canicas de colores. Basta que la sucesión de colores sea diferente para que, en vez de nacer un rinoceronte, nazca un mosquito o el actual presidente de Estados Unidos. O un ejemplar de *Homo sapiens*.

Si el ADN de la primera ameba (una bacteria constituida por una sola célula) se hubiese reproducido siempre de modo perfecto, habríamos tenido un planeta habitado por un número infinito de copias exactas de aquel único ser unicelular, como si la humanidad estuviese compuesta por seis millardos de gemelos idénticos en todo (sexo, color del cabello, voz, altura...). Los biólogos dicen que a esto no se le puede llamar vida, porque existir y tener capacidad de desarrollar funciones y reproducirse no es suficiente. Para que haya vida se necesita diversidad. Sin embargo, ¿cómo obtenerla a partir de un solo elemento?

Por error, únicamente por error.

La ley que nos ha conducido hasta aquí y que rige todo el mecanismo se reduce a lo siguiente:

*La vida puede nacer por azar,
pero solo se multiplica por error.*

(Es así como, felizmente, me he encontrado siendo padre de dos hijas. Siempre será más llevadero que lo de mi suegro: ocho chicas.)

El error no se limita a multiplicar la vida; también le garantiza un futuro, mientras que la perfección no puede hacerlo. Es estéril.

¿Por qué? Si debido a la ausencia de errores en la reproducción del ADN quedara sobre la Tierra solo una especie de seres vivos, el peligro de extinción sería enorme. Si en mi huerto solo planto melocotoneros y llega una plaga del melocotón, me quedo sin fruta. Si cultivo también albaricoques, higos y cerezas, la probabilidad de que aparezcan, todos juntos y en la misma temporada, los parásitos del melocotón, del higo y del albaricoque, disminuye cuanto mayor sea la variedad de especies de fruta. La di-

versidad es buena para la vida (además de para la dieta). Y es buena para el planeta.

La aplicación de este principio puede llevarnos muy lejos. Hoy, en el mundo occidental, la *norma* que rige la familia es la monogamia y el error es el adulterio. Una investigación llevada a cabo en las clínicas ginecológicas de Estados Unidos demostró (por equivocación, ya que el objetivo del estudio era otro) que al menos el 10 por ciento de los hijos de parejas casadas estables tenía un padre natural distinto al padre legal. Años después se dieron cuenta de que el 10 por ciento era un valor impreciso... por defecto. En este hecho se observa una suerte de astucia biológica: igual que ciertas aves acomodan a sus polluelos en el nido de otras (que las criarán junto a las propias), algunos machos de nuestra especie multiplican, a expensas de otros, las posibilidades de difundir su patrimonio genético.

En términos biológicos, el adulterio es una forma de aumentar la difusión del ADN, así como las combinaciones del ADN propio y el de otros ejemplares de la especie. (Resumiendo: «Cariño, compréndelo, no es que te ponga los cuernos, es que velo concienzudamente por el futuro del planeta».) Las mujeres pueden alegar una motivación más rica. En su caso, el adulterio no solo trabaja a favor de la variedad sino también de la cantidad, porque, ofreciendo posibilidades a más de un *partner*, hacen que no se desaprovechen los días fértiles entre menstruación y menstruación. («¡Cómo te entiendo, cariño! ¡Si supieras lo que tengo que hacer yo para salvar a la especie!»)

En resumen:

*El error crea diferencias y las diferencias,
a través de la diversidad, favorecen la continuidad de la vida.*

Pero, a fin de cuentas, decir algo tan evidente («el error crea diferencias») tiene sus consecuencias. La más inmediata, y la más grave, es que cada novedad marca un antes y un después y mide y jalona el tiempo: antes de Cristo, después de Cristo; hasta la aparición de los dinosaurios, después de su extinción. Pongamos que un paleobiólogo deba reconstruir la historia de la vida a través del rastro de ADN de un gusano: hasta el momento en que se produzca el primer error, los gusanos nacidos antes serán idénticos unos a otros, así que no se diferenciará en nada una generación de otra. De alguna manera, gusanos-padre, gusanos-hijos y gusanos-nietos parecerán coetáneos. La conservación de lo existente no representa progreso alguno.

Ahora bien, si por duplicación imperfecta, a un gusano-nieto le salen alas...

Nuestra especie ha incorporado a los errores biológicos los errores del pensamiento y los que ha hecho factibles el avance tecnológico: errores que antes solo podían imaginarse, ahora se pueden cometer.

No quiero darle muchas más vueltas (por ahora...). Y prefiero recurrir a palabras ajenas para decir que, si yo he sido creado para equivocarme, ustedes no lo tienen mucho mejor, porque «el modo humano de estar en el mundo es un *errar* entre acciones logradas y malogradas, entre ensayo y error» (como sugiere Umberto Galimberti en *Psiche e techne*). En las páginas siguientes se encontrarán con que: la mera existencia de la regla no nos da nada; si se infringe la regla todo es posible; la religión, la ciencia, la moral, el arte y todas las formas de expresión humana regidas por reglas nos exhortan al error, para progresar (en el sentido de ofrecerle a la vida mayores posibilidades). Les sugiero una buena excusa para la próxima estupidez que pudieran cometer: no es culpa suya sino del impulso

evolutivo que actúa en ustedes y a través de ustedes (ni siquiera están obligados a usar correctamente los argumentos que les propongo; en caso de equivocarse, están ampliando la teoría).

El error más grave es pensar que equivocarse es una equivocación. De todo lo que tenemos, lo único que vale algo son las equivocaciones.

Antes me humillaba la conciencia de mis errores y la suma de los errores ajenos me consternaba. «¡Así vamos directos a la ruina!» Pero seguimos equivocándonos y el desastre no ocurre. Solo se puede deducir una conclusión lógica: el error existe porque es bueno que exista, es un recurso, una oportunidad, una nueva vía de desarrollo, las piedras sobre las que apoyarse para cruzar el torrente de la vida o sobre las que avanza (está biológicamente probado) la evolución de la especie.

Y ahora les voy a poner a ustedes en un brete porque, en el caso de que hayan encontrado errores en mi exposición, no solo no la invalidarían, sino que me proporcionarían un nuevo argumento. Y siempre les quedará la duda de que lo haya hecho a propósito, por amor a mis tesis.

Pudiera ser.